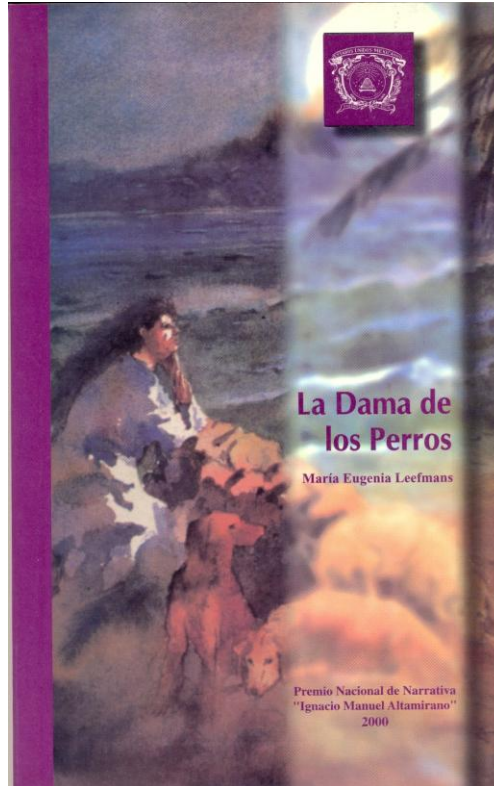


<http://gregoryzambrano.wordpress.com/>

Manuela Sáenz revisitada *La dama de los perros*

Gregory Zambrano



Lo que sabemos acerca de la vida de Manuela Sáenz, su personalidad y ocurrencias, el valor y trascendencia de sus actos, y un conjunto de atributos que sería largo enumerar, nos sitúa frente a una de las figuras femeninas más vigorosas de la historia hispanoamericana del siglo XIX. Esta mujer excepcional reúne en ella los elementos que requiere un personaje, es decir, un sujeto recreado para la representación. Bien sea una crónica, una biografía, un icono cinematográfico, un relato, hacen de ella una evocación, un símbolo, un ser de novela que echa raíces desde el pasado hacia el presente, muestra sus pasiones, persigue sus deseos, y también padece su propio cuerpo. Y de eso se trata. María Eugenia Leefmans ha hecho realidad lo que para algunos otros creadores de distintas épocas ha sido sólo un proyecto: escribir, filmar, contar o recrear la vida de Manuela Sáenz.

En 1997 se cumplió el bicentenario del nacimiento de Manuela. Y en ámbitos diversos, muchos la recordaron de distinta manera, sumándose a las revisiones

históricas, desprejuiciadas y nuevas, que contribuyen a liberarla de la condena que sobre ella ha recaído durante muchos años, por haberse atrevido a desafiar la sociedad, las reglas, las prohibiciones. Por ser amante y no esposa legítima. Para celebrar el cumpleaños de Manuela bien valdría evocarla, en carne y hueso, desafiando las prohibiciones de su época e imaginarla, con atuendo de hombre, montada a caballo, trasladándose a los lugares más inhóspitos y llegar a otros, no siempre menos adversos, en busca del amor, bien como ideal, bien como concreción adherida a un ser humano, lo que para ella fue sinónimo de gloria. Y aquí entra el logro narrativo en la perspectiva histórica de esta novela de María Eugenia Leefmans, *La dama de los perros* (Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, 2001), ganadora del Premio Nacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano” (2000), que no sólo ríela sobre la personalidad de esta excepcional mujer en relación con sus aspectos sentimentales ya históricos, sino que también están implicados y de manera decisiva sus propios ideales, comprometidos con el proyecto independentista. En ello el personaje adquiere y sostiene su autonomía, porque no se trata de fijarla como lo ha hecho un poco cierta visión recortada de la historiografía, ponerla como apéndice de una gran figura masculina, sino destacar, más allá de la perspectiva sexista, su contribución a una causa que trascendía la afectividad. Manuela es vista como un personaje activo, enrolado en un proyecto decisivo, en el cual ejerce autoridad y compromiso.

Sin duda, no fue fácil para una mujer del siglo XIX, casada cuando era una joven aún muy cercana de la niñez, con el inglés James Thorne, quien era un próspero comerciante —señal de representatividad social— y de paso ser la amante del hombre quizás más polémico y controvertido de aquellos años, Simón Bolívar.

La dama de los perros se estructura como un relato circular, que se abre en los últimos años de Manuela Sáenz, desterrada en Paita, un pequeño puerto al norte del Perú, rodeada de recuerdos y acompañada por Jonatán, su esclava, y tres perros, a los que les ha dado el nombre de otros héroes, enemigos de Bolívar: Páez, Santander, La Mar. Mediante imágenes destellantes, un trasfondo histórico se va revelando. Tras la victoria de Pichincha en 1822, y la consolidación de la independencia de Ecuador, Manuela conoció a Simón Bolívar en Quito, se enamoró de él y abandonó a su marido. Los ocho años que siguen estarán llenos de encuentros, distanciamientos, rencillas, chismes y escándalos; habría que sumar también las envidias de parte de los sectores públicos más conservadores y otros sectores que también murmuraban en los ámbitos más privados. Los años difíciles entre 1828 y 1830, son los de mayor intensidad, dada por los reveses políticos que sufre El Libertador. Es célebre el hecho de que la intervención de aquella mujer resuelta y arriesgada, le salvó la vida en el asalto que sufrieron en el palacio de San Carlos en Bogotá en septiembre de 1828; desde ese momento ella se convirtió para Bolívar en la Libertadora del Libertador. Con ese reconocimiento pasaría a la posteridad. En esos años se hacen cada vez más complicadas las posibilidades de reencontrarse. La vida de ambos se desarrolla en medio de grandes tensiones, las externas, propias de la situación de guerra y las internas, producto también del choque de caracteres. Y así hasta el diciembre decisivo de 1830 cuando la muerte de Bolívar confirma en ella la percepción de despedida que había tenido en su último encuentro. La perspectiva ficcional busca penetrar en la psicología, en la

ensoñación y afectividad de los personajes. Especialmente desde la óptica de Manuela, desde cuya visión se narra. Esta focalización deviene uno de los retos de la narradora pues, regularmente, desde la ficción se han tratado de reconstruir los pormenores de los últimos días de Bolívar, como lo hacen Álvaro Mutis en “El último rostro” [incluido en *La muerte del estratega, Narraciones, prosas y ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, pp. 89-103], y Gabriel García Márquez en *El general en su laberinto* (México, Diana, 1989), no así en el caso de Manuela, que en esta novela adquiere relevancia en primer plano, como protagonista de una historia que ella misma nos relata. Los últimos días de Bolívar se perciben desde el presente desesperanzado de Manuela, quien le sobreviviría veintiséis años. *La dama de los perros* consta de treinta y tres capítulos que mediante un realismo histórico nos hace desfilas ante un paisaje amplio, que es, por un lado, la geografía circunscrita a los lugares de la gesta independentista, ya fijados por la historia, pero dando realce a aquellos donde transcurrieron los encuentros de los amantes o los marcados por los desplazamientos de ambos en pos de ese encuentro, y un paisaje espiritual que va advirtiendo los pormenores de la afectividad, mientras que por otro lado, se revela la intensidad de los compromisos con la causa independentista.

Historiográficamente la novela fija también un sinnúmero de aperturas dialogales hacia una intertextualidad riquísima que va desde los mismos documentos históricos —como cartas y proclamas— hasta otras obras literarias que se han ocupado del tema. La novela de María Eugenia, concisa en su brevedad pero espléndida en detalles sugeridos, signo de una buena narración, deja muchos elementos abiertos a lo imaginativo. Supera la limitación de las fechas, porque no se trata de un intento biográfico, alude los elementos de una cotidianidad rica en detalles que van desde las formas para preparar dulces de lechosa verde, hasta los contrastes entre la humareda producida por los tabacos que le gustaba fumar a Manuela y los olores a colonia del General en que —según las picarescas *tradiciones* de Ricardo Palma—, se comprometía bastante el peculio del Libertador, encargando grandes cantidades de perfumes a proveedores de Francia.

Leyendo la novela de María Eugenia no podía dejar de pensar en la sintaxis cinematográfica. A cada capítulo podría corresponder una secuencia fílmica donde están muy bien puestos los elementos de época para darle dramatismo, movilidad y fuerza a sus personajes. Y por supuesto pensaba también en una reciente película venezolana, «Manuela» que, nos obstante sus aciertos dramáticos y escenográficos, a algunos les pareció desajustada, excesivamente apegada a un patrón feminista dominante. En esta película —dirigida por Diego Rísquez, y protagonizada por la actriz cubana Beatriz Valdés y el actor venezolano Mariano Álvarez— hay una apuesta a la plasticidad de la imagen de época, que llega incluso a representar las obras de Francisco de Goya, en la transposición de la Maja vestida a la Maja desnuda, y en la novela se anticipa esta misma imagen: “lo esperé desnuda sobre la cama, con la cabeza apoyada en mi antebrazo derecho, como la Maja posando para el pintor” (p. 34)

Volviendo a *La dama de los perros*, tratándose de una novela circular que poco a poco va desentrañando la madeja de los acontecimientos fijados en los recuerdos, vemos reconstruida una de las más bellas y terribles historias de amor

que se cuelean entre los intersticios de la historia hispanoamericana. Quizás para la narradora no importe tanto mantener a su lector al tanto del recorrido cronológico, sí le importa sostener el orden de las secuencias históricas, el desarrollo de los hechos que se van evocando y que van dando la justeza de los acontecimientos narrativos privilegiados, bien sea el desarrollo del Congreso de Panamá o el de Angostura. De igual manera los desplazamientos del héroe en los distintos territorios donde se desarrollaron sus campañas, sus victorias militares y sus logros civiles en lo respecta a la constitución de los estados nacionales, así como las crisis políticas que sucedieron a la independencia. En el marco, diversos hechos sociales, culturales y, por supuesto políticos, se van revelado con toda su intensidad y cromatismo, tales como el simulacro de fusilamiento de Santander que ordenó y presenció la propia Manuela, o la recepción por parte de Bolívar del poema épico del ecuatoriano José Joaquín Olmedo (1780-1847), «La victoria de Junín o Canto a Bolívar» (1825), donde a Bolívar se le parangona con los héroes de la *Iliada*. O también la interpretación que hace Manuela de una de las más célebres máximas de Bolívar: "Moral y luces son los polos de una República: moral y luces son nuestras primeras necesidades", parte fundamental de su razonamiento político en el "Discurso de Angostura" (15 de febrero de 1819), al que replica la protagonista:

“Moral para las mujeres y luces para los hombres ¿era ésa la pretensión oculta? ¿No comprendía que al no existir igualdad de oportunidades no veríamos resultados? Mientras el hombre y la mujer sean sólo pareja para el lecho y esa moral y esas luces comparsa para un discurso, el continente será gris y los logros, himno que se evade en un soplido—pensé, fijando la mirada en su figura” (p. 63).

Entre evocaciones y recuerdos

Sin duda que el hilo conductor de esta novela es la memoria. Por ella están latentes los hechos, y en sus dominios se ven evocados los demás personajes: actantes y actores, tales como la esclava Jonatán y el enigmático maestro de Bolívar don Simón Rodríguez, llamado a ser más que un ductor nada convencional, una figura polémica de la historia, escarnecido y resucitado, y que en esta novela coadyuva a motorizar en la memoria de Manuela las historias del pasado reciente vistas en perspectiva. Ente Simón Rodríguez y Manuela Sáenz se representan dos formas de contrastar la Historia, son dos aristas que se tocan en su propia soledad y marginación: la de ser el maestro, el formador, el guía, como pasaría Simón Rodríguez a la Historia, y en el caso de Manuela de ser la amante, la figura del deseo en actitud de espera, el amor postergado. En ambos, por circunstancias del destino, media la posibilidad de vivir relativamente cerca y encontrarse frecuentemente para compartir la mesa y los recuerdos. Entre los dos pesa la terrible circunstancia de un exilio promovido por el desenlace de los hechos políticos, que a cada uno le privó la posibilidad de volver a su patria. Por otra parte, la figura de Simón Rodríguez conduce la propuesta ideológica que subyace en la novela sobre la justicia social y la necesaria reivindicación de la masa indígena, que aparece firmemente expresada en la presencia de Túpac Amaru como una imagen de rebeldía y también de dignidad frente a los desmanes de la represión, la explotación y el escarnio de los antiguos pobladores del Perú.

Y es también esta imagen una estrategia para fijar en el presente la existencia de los mismos males, el reclamo de las reivindicaciones para las masas indígenas. En boca de Simón Rodríguez se actualizan los males del ayer remoto pero ¿acaso no son también —en mucho— los mismos del presente? Con Manuela recordando en el pasado, estamos también presenciando un problema no resuelto del presente: “En mis oídos resuenan las palabras de don Simón, cuando veo a las mujeres sentadas en la plaza mayor, haciendo trueque con sus yerbas u hortalizas y descubren su pecho flácido para entretener al hijo, que llora de hambre. Cuando tropiezo con la madre niña, cuyo cuerpo se dobla al llevar amarrado al menor de sus hermanos sobre la espalda. Cuando contemplo los surcos labrados por lágrimas rodantes en las caras de niños con mirada de águila, a quienes la vida enjaulará. Cuando me acerco a los viejos de las tribus y con los ojos hablamos de una esperanza común que rescate a su gente...” (p. 79). Mediante interpolaciones como ésta vuelve a la evocación el pensamiento reivindicador del viejo maestro.

Son muchos los atributos que podrían nombrarse de esta novela; entre ellos destacaremos tres: el primero es la ecuanimidad en el tratamiento de Manuela Sáenz como personaje, que por su dimensión histórica crea el riesgo de la desmesura. Al fervor que este personaje despierta, se une un tratamiento cuidadoso y ponderado de los hechos. No hay espacios para grandes delirios del lenguaje. Sin duda, estamos frente a una mujer excepcional, pero tratada en su justa dimensión humana, sin exaltaciones ni intentos de sacralización. Segundo: un cuidado extraordinario en el uso del lenguaje donde cada palabra está en su lugar y cada localismo se emplea con maestría, bien sea en el uso directo del lenguaje por parte de los personajes como en la pertinencia de palabras localistas de Venezuela, Ecuador o Perú. En el uso de estos vocablos están asentadas las marcas de época, los registros geográficos, y más aún, definitorios rasgos culturales. En tercer lugar, una documentación histórica ponderada. No obstante la cuidadosa investigación que respalda la obra, ésta no llega a ser manifiesto de la precisión del historiador, al grado de resultar excesiva; por el contrario, y esto sería un cuarto mérito entre muchos otros, está la convocatoria que el texto hace al lector para recorrer —de una manera amena y plástica, por ello motivadora— un camino de vida construido a grande rasgos, a pinceladas, sin abrumar su atención con excesivos detalles y dilatadas descripciones. Ésta es una novela de acción, que fluye y sujeta sus rasgos estilísticos de intensidad y tensión.

La dama de los perros alcanza un equilibrio en el cual se evita, por un lado, la ya aludida propensión al detalle, pero también la arenga moral como síntesis de contenido o el molde ensayístico como concreción formal, que a veces se desprende, por ejemplo, de la ya clásica biografía de Alfonso Rumazo González, *Manuela Sáenz, la Libertadora de Libertador* (1944), o el tratamiento intencionadamente hiperbólico —“propenso a la deleitosa especie del escándalo”— de una figura tan humana, que es el caso de la obra biográfico-novelesca, *Los amores de Simón Bolívar y Manuela Sáenz, la amante inmortal* (1967), de Víctor W. von Hagen o, en el otro extremo, la escatología y los excesos que por el lado de una desmesurada erotomanía explota Denzil Romero en *La esposa del Dr. Thorne* (1988). Esta novela, que recibió el premio «La sonrisa vertical» en España, le ocasionó al autor disgustos y hasta el reto para un duelo a muerte por parte de

personalidades de la vida intelectual ecuatoriana, ofendidos por el tratamiento ahistórico que se le daba en ella a Manuela.

La novela de María Eugenia en su concisión artística, en su lenguaje mesurado, logra desvestir otros rasgos de la sensibilidad, del apasionamiento y desenvoltura de Manuela Sáenz y sobre todo su fidelidad a lo que representa Simón Bolívar en el tiempo presente de la narración, cuando es solamente un recuerdo, pero un recuerdo cuya fortaleza y permanencia sería definitivo para unir su presente y su futuro al destino de aquel hombre único.

En *La dama de los perros* se revela la admiración y el encantamiento, pero también la conciencia de homenaje; la indagación en el lenguaje refleja un viaje en búsqueda de la belleza. María Eugenia es poeta y la poesía va de la mano con ella en este recorrido por los caminos intrincados de la historia de una pasión, porque Manuela Sáenz es la personificación —viva, intensa y excepcional— de la pasión. Leyendo la novela de María Eugenia no pude dejar de lado la palabra de Teresa de la Parra, quien abrigó siempre el deseo de escribir una novela sobre El Libertador, donde estuviera representada de manera preponderante la figura de Manuela Sáenz. Este proyecto no llegó a su término; sin embargo, algo adelantó en sus famosas conferencias que con el título de «Influencia de la mujer en la formación del alma americana», impartió en Colombia en 1930. En la tercera de ellas destacó la figura de tres mujeres excepcionales en la historia de América, y que corresponden a tres momentos claves del tránsito entre la Colonia, la Independencia y la República: la ñusta Isabel —madre de Garcilaso el Inca— en Perú, Doña Marina, en México, y Manuela Sáenz entre Ecuador, Colombia y Perú. Escribió Teresa de la Parra acerca de Manuela: “La figura de doña Manuelita es en extremo interesante no sólo por su lado pintoresco sino porque representa, si bien se analiza, el caso de la protesta violenta contra la servidumbre tradicional de la mujer a quien sólo se le deja como porvenir la puerta no siempre abierta del matrimonio. Mujer de acción, no pudo sufrir ni el engaño ni la comedia del falso amor. Hija de la revolución no escuchó más lenguaje que el de la verdad y el del derecho a la defensa propia [...]” [Teresa de la Parra, *Obra escogida*, t. 2, México, Fondo de Cultura Económica-Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1992, p. 74].

María Eugenia Leefmans, atenta a la indagación histórica, apasionada por el lenguaje, en esta obra hurga deliciosamente en los intersticios de aquella vida apasionada y singular, también celebra el cumpleaños de Manuela, como le gusta decir al maestro venezolano don Trino Borges, y nos regala esta breve y cuidada joya en que se retrata una mujer que está más allá de los espacios y los tiempos cerrados, que es como decir, más allá de las épocas y de las nacionalidades. Se cuenta que en 1847 recibió Manuela el relato sobre la muerte violenta de James Thorne, y con ella, la notificación de que su esposo —que había acrecentado su fortuna— le dejaba en herencia solamente la cantidad correspondiente a la dote que su padre había aportado para sellar su compromiso de casar a Manuela con el comerciante inglés. Nada pudo ella recuperar; pesó demasiado el odio, el rechazo, la afrenta imperdonable. Manuela se excusó ante cualquier otro trámite para hacer valer sus derechos; seguía siendo la esposa legítima. Esto fue otra muestra palpable de fidelidad, ya no sólo al recuerdo del Libertador sino a ella misma. En su

circunstancia de enfermedad y pobreza esta decisión dice más de su dignidad que cualquier justificación.

La Manuela de María Eugenia Leefmans es la mujer de esos días finales, la *Dama de los perros*, la solitaria de Paita, la vendedora de dulces y lectora del tabaco. En la novela percibimos una reconfiguración de los elementos biográficos para acercarse de la manera más creativa y cuidadosa posible a una historia de vida, restituida en su esplendor, que explora los caminos de la historia para devolvernos una imagen tan humana como intensa de Manuela Sáenz, tal como muchos podríamos imaginar que vivió en sus tiempos, una mujer para quien la mejor herencia que pudo recibir fue la de siempre sentirse amada, lo que también fue para ella certeza de la inmortalidad.

México, mayo 4, 2001

[Palabras leídas por su autor en la presentación de la novela, el 4 de mayo de 2001, en la Sala “Ignacio Manuel Altamirano”, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca].

María Eugenia Lefmans, “La dama de los perros”, *La colmena. Revista de la Universidad Autónoma del Estado de México* (México), núm. 31, jul-sep. 2001, pp. 118-123.